

El mono que piensa 2

La Historia Argentina
también da risa

Esteban Valentino





www.loqueleo.santillana.com

© 2008, ESTEBAN VALENTINO
© 2008, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4591-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: TABARÉ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Valentino, Esteban

El mono que piensa 2 / Esteban Valentino ; ilustrado por Tabaré. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4591-7

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Tabaré, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ELIAS PORTER Y CIA. S.R.L., PLAZA 1202, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

El mono que piensa 2

La Historia Argentina

también da risa

Esteban Valentino

Ilustraciones de Tabaré

loqueleg

PRÓLOGO

Se dice por allí, en uno de los cuentos que componen este dudoso volumen, que del barro que forman la lealtad, el heroísmo, la cobardía y la traición se hizo la arcilla que formó esto que somos. Y se dice también que, después de todo, tal vez no sea tan mal barro. No siempre estoy de acuerdo conmigo mismo, pero en este caso creo que sí lo estoy. A fin de cuentas, no nos queda más remedio que ser lo que somos. No nos tocó en el reparto ser alegres como los brasileños, laboriosos como los japoneses, ordenados como los suizos, estrictos como los alemanes o puntuales como los ingleses. Nuestra mezcla nos hizo melancólicos, gritones, inclinados a sobrevalorar nuestras virtudes, pero también buenos amigos y frontales. De no haber sido por ciertos episodios que aquí se cuentan, tal vez hoy seríamos fanáticos de los toros y nuestro gran clásico futbolero sería Real Madrid-Barcelona. La Historia eligió otros senderos y fruto de nuestro caminar por

ellos son Carlitos Gardel, Charly García, los pibes de Malvinas, el Diego, el Chueco Fangio, los nombres que honraron el suelo que pisaron y que aparecen nombrados en estos cuentos, es decir, nuestros héroes más conocidos.

Pero los argentinos, como todos los pueblos del mundo, somos mucho más que la suma de los héroes populares y los héroes históricos. Somos los millones que nos levantamos todos los días a las seis de la mañana para ir a trabajar, los médicos que curan, los maestros que enseñan, los policías que cuidan, los mineros que extraen de lo profundo de la tierra la riqueza, los obreros que la reelaboran, los empleados que la organizan.

Este libro intenta ser una explicación de esta confusa cosa que somos, desde la sonrisa, para que podamos pensarnos con algo menos de solemnidad. Si no vamos a tener la precaria gloria de ser un pueblo poderoso, merezcamos al menos la esperanza de ser un pueblo de buena gente, de esa que sabe reírse de sí misma.

ESTEBAN VALENTINO

Dos fundaciones tuvo Buenos Aires, nuestra capital. La primera estuvo a cargo de don Pedro de Mendoza, que acarreaba una terrible enfermedad que lo llevaría a la muerte. La verdad, ese primer intento no fue muy exitoso que digamos. Demasiado cargado de arrogancia, don Pedro no supo relacionarse con los legítimos dueños del lugar que pisaba y no le fue bien. En los primeros tiempos, incluso, pueblos originarios de esta zona les llevaron alimentos y otras provisiones para su manutención, pero pronto esa buena predisposición se fue al diablo y la cosa terminó como se leerá. En fin, nuestra historia empezó con un desencuentro y una ciudad quemada. Nada prometedor.

MI SANTA MARÍA DE LOS BUENOS AIRES QUERIIIDOOOO

Juan tenía un sueño que se repetía casi todas las noches. Unos hombres sin ropas hacían asado a la parrilla un animal. Pero, por más que se esforzaba, no podía ver qué clase de animal se iban a comer los desconocidos. “Bah, no será tan importante el dato”, se estaba diciendo cuando llegó un emisario del rey. Su Majestad deseaba verlo. Desechó las dudas sobre su reiterada pesadilla y comenzó a prepararse para el real encuentro.

A esa altura de su vida —pronto a cumplir sesenta y cinco navidades—, Fernando no se andaba con vueltas. Apenas Juan entró a la cámara del rey, el monarca le lanzó sin rodeos.

—Mi querido Solís. Parece que sois bastante delincuentillo.

“Vaya, no puede guardar uno un secreto en esta corte”, pensó Juan.

—¿Eh, por qué decís eso, Majestad? —preguntó en alta voz.

—Mis espías me han enviado informes sobre vos, sobre vuestra conducta más exactamente. Según lo que he sabido, el prontuario del peor asesino de Castilla, apodado por mal nombre “la Bestia Sanguinaria de Toledo”, es un libro de travesuras infantiles al lado del vuestro.

—Exageraciones, Majestad. Vos sabéis, en vuestra infinita experiencia y conocimiento, que la envidia hace milagros. He hecho cosas, no lo niego, para enaltecer aún más vuestra grandeza, pero no tantas como se dicen por allí. Nada serio, vamos.

—Bien, me habéis convencido. Os he convocado para que os pongáis al frente de una importante expedición que irá a las Indias a buscar un paso hacia el mar océano de las especies y no hubiera querido enviar a alguien que no pudiera acreditar un pasado intachable.

—Bueno, mi señor, tanto como intachable... tampoco...

—Ya, ya, don Juan, ya comprendí. Dejémoslo en un pasado... digamos... tolerable. Partiréis del fondeadero de Bonanza el 8 de octubre del año de Nuestro Señor de mil quinientos y quince.

—¿O sea, el martes que viene?

Los años no vienen solos. El rey no sabía muy bien en qué fecha estaban y no pensó que el

día de la partida estuviera tan próximo. Pero era un rey y no podía echarse atrás.

—El rey de España no se equivoca nunca. Si el 8 de octubre del año de Nuestro Señor de mil quinientos y quince es el martes, ¡voto a bríos que el martes estaréis viendo la tierra alejarse desde una carabela!

La partida se hizo tal como fue ordenada y lo que siguió no estuvo del todo mal. Un mar razonablemente calmo, vientos normalmente propicios. Lo único que inquietaba al comandante de la flota era su nunca alejada pesadilla. “Pesadilla. No sé si llamarla así, con tan espantable nombre. Unos cuantos hombres desnudos que asan a un animal del que no alcanzo a ver nada... Si al menos esos dos greñudos de la izquierda se corrieran un poquito... Pero no, se ponen justo adelante, para que yo no pueda ver qué bicho están haciendo al fuego”.

La expedición arribó finalmente a tierras americanas y empezó a bajar hacia el Sur buscando el bendito paso. Había palmeras, había arena, había piedras, había de todo menos un camino “hacia el otro gran mar océano”. Desesperaba ya don Juan cuando una enorme abertura se presentó ante sus ojos. “¿Qué es ese otro mar que desemboca en este por el que vamos?”, se preguntó mientras uno de sus marineros decía en alta voz:

—Días...

—Sí, ¿qué queréis? —preguntó el Adelantado.

—No, señor, no os hablaba a vos. Yo decía días con ese, no con zeta. Decía que días y días que viviera no vería yo una entrada semejante. España entera navegaría por allí sin tocar las orillas.

—No sé España, pero esta nave que de ella viene lo hará, con la ayuda de Dios.

No eran los timoneles españoles los mejores del mundo, pero el espacio era tan grande que incluso ellos pudieron hacerlo. Quién sabe por qué motivo, algunos marineros tomaron del agua recién hallada y la encontraron fresca y bebible. Cuando se enteró de la noticia, Don Juan se sintió en la obligación de bautizar el nuevo mar descubierto y poniendo su mejor cara de conquistador dijo estas sabias palabras:

—Grande como un mar son estas aguas. Y fresca y bebible a la lengua. Se llamará pues, para mayor gloria de su Católica Majestad, ¡Mar Fresco y Bebible!

—Muy largo, señor —objetó el capitán.

—¿Mar Fresco?

—Lo describe, pero no lo define.

—¿Mar Bebible?

—Para hacer rima, no puede ser más horrible.

—Sea. Llamaremos a este ancho curso de agua Mar Dulce. Y el primero que diga algo en contrario será arrojado a él.

Quedose impuesto el nuevo nombre y, a poco de andar, una isla de abundante vegetación se presentó ante la mirada atenta de los vigías. Don Juan quiso bajar para poner rodilla en tierra, tomar posesión en nombre de la Corona y todo el lío. Para no llevar la historia muy a largas, los nativos del lugar, llamados charrúas, lo llenaron de flechas, y mientras sus compañeros huían, el segundo de don Juan se preguntaba: “¿Qué estarán cocinando estos salvajes desnudos, que no puedo ver con claridad? Esos dos de la derecha me impiden ver el fuego. Si se corrieran un poco... Bah, no ha de ser tan importante el dato, después de todo. Nadie a bordo es un estudioso de la dieta de los nativos. Aunque deben comer cada porquería... Pero les cambiaremos el nombre a estas enormes aguas y las llamaremos, en honor a nuestro ahora extrañado capitán, Mar de Solís. En fin, sigamos buscando el maldito paso”.

Pero no lo encontraron.

No se quedó conforme la Corona con el escaso éxito de don Juan, aunque un plato de un restaurante de Madrid recordó su gesta durante varios años. Fue la mítica “pierna a la Solís”, exquisito trozo de carne de cordero a la parrilla que hizo las delicias de varias generaciones de madrileños. Como fuera, ya no estaba Fernando y el nuevo Emperador, Carlos V, quiso insistir con el asunto del paso. Don Hernando de Magallanes lo encontró, pero no llegó a contarlo. Además, hacía tanto frío donde estaba y el mar era tan terrible, que para maldita cosa servía.

Así llegamos a nuestra historia principal: la de Alberto Cuesta Subirtanalto, hombre de mar y aventura, que esperaba ser llamado para alguna de las dos expediciones que se preparaban. La de un tal Mariano Alba de San Juan y la del noble don Pedro de Mendoza. Con ansiedad esperaba Alberto la llegada de alguno de los dos que le confirmaría su próxima partida. Una tarde, al volver a su casa, mientras probaba un vaso de tintillo delicado que le tenía servido su madre, preguntó como siempre:

—¿Vino de San Juan?

—No —como siempre le respondió la dama. Pero esa vez agregó con una sonrisa—: Vino de Mendoza.